

ANARKOS

DIRECCION

"Anarkos"

CUÑAPIRU, 50

Montevideo, R. O. U.

PERIÓDICO ANARKISTA

AÑO I — NÚM. I

Redactores: J. TATO LORENZO
C. GARCÍA BALSAS

NOVIEMBRE 10 DE 1912

Así nosotros...

Sin miedo, que nunca lo hemos tenido; sin vacilaciones que no sabemos lo que es sentirlas; sin cacareos ni alharacas; sin prevenciones de ninguna clase, pero con pupila fija y ánimo dispuesto á la contienda que no sea de suburbio ó de conventillo, hoy como ayer, más convencidos que ayer, venimos con ANARKOS, á reafirmar una vez más lo que hace años,—tantos que hemos vuelto á una nueva juventud más vigorosa, más pujante, más intensiva y más resuelta, por lo mismo que es más experimental,—es una convicción profunda, arraigada, firme.

Obra nuestra, solamente nuestra, que no responde á camarillas, grupos, centros ó comités directivos ó directrices, que de todo hay: sin compromisos contraídos que nos obligue amoldar el pensamiento á las exigencias del papel, sino sometiendo á este á las exigencias de nuestro pensamiento. Nos, con el bastón en la mano, el rumbo impuesto, el que hemos seguido siempre, sin desviarnos una línea ni un punto, á no ser para salvar los escollos, para evitar los bajíos, parcos en el aplauso, exigentes en la continuidad directa de lo que se propaga y muy pródigos en la crítica unas veces, en la censura otras, pero siempre serenos y sin doblez,—que no está en nuestro carácter—estaremos en frente de todos sin contar ni mirar los que se pongan á nuestra lado. Pronto nos sentiríamos asfixiados si tuviéramos que girar en rededor de un círculo.

Y téngase en cuenta, para los que suelen ver en la línea recta las complejidades de una trama, que no llevamos á Nietzsche en la cabeza, ni cargamos en los hombros ningún autor por autorizada que sea su pluma: nos repugna el sometimiento dogmático, cuando no litúrgico ó sectario.

Conocida nuestra tendencia, combatiremos abiertamente toda propaganda centralista ó centralizadora, absorbente de por sí y anuladora de voluntades, que mata en germen toda iniciativa individual, que no leve el ejemplo de los que así mismo se jerarquizan sin entorchados ni distintivos exteriores, pero creídos en su ingenua fe, que todo gravita, se mueve, transforma, sube ó baja, por su solo esfuerzo sin contar, ¡ilusos!, que ellos como nosotros, como todos, somos partículas infinitesimales que empujados por el progreso, vamos á nuestra vez empujando el progreso.

No desquidaremos de nuestra crítica, que ha de ser de resultados sanos,—esa

propaganda de mummulo, encubierta, que se deja deslizar suavemente en la frase que queriendo decir mucho no dice nada, y envuelve á todos, malos y buenos, sinceros é insinceros, consecuentes y tráfugas, en un ambiente de desconfianzas, pesado, irrespirable, matador que redunde en exclusivo beneficio de la clase dominante y disgrega fuerzas utilizables en uno ó en otro sentido.

No será nuestra norma de conducta generalizar la acción de uno, ó diez, ó cien individuos ó toda la colectividad y viceversa, sino que puntualizaremos procurando recalcar bien la palabra para evitar crearse una opinión adversa al que no es acreedor á ella, ó un concepto favorable al que no lo merece.

Nuestra ruta está marcada.

Sin parábolas y sin oscilaciones, marcharemos rectilíneos en procura de no crearnos enemigos, pero tampoco solicitando amistades ni sonrisas que harto sabemos lo falsas que son ambas.

Contradicciones

Tiene nuestro ambiente, en lo que á su personal militante se refiere, rarezas de hembra histérica que deja perplejo al más glacial de los observadores y crispa los nervios del más flemático é indiferente al desarrollo y resolución de las ideas que agitan actualmente á una buena parte de la humanidad, por no decir á toda la humanidad.

Al revés de lo que sucede con todo organismo que tiende á su perfeccionamiento, violenta ó evolutivamente, nosotros vamos, en marcha ascendente, involucionando,—aunque la frase resulte contradictoria, como contradictorios lo están siendo todos nuestros actos,—al extremo de estar en una continua negación de principios.

Enemigos de toda forma de gobierno, buscamos parangones entre gobiernos buenos ó pasables, á los que, si no defendemos, tampoco nos atrevemos á combatir, porque, esos gobiernos, en sus programas políticos, que al fin no son más que programas, traen escritos, como una novedad, una serie de reformas: *leyes de pensiones obreras; de accidentes del trabajo; protección de la niñez; separación de la Iglesia y el Estado; divorcio, etc., etc.*, que hace ya tiempo considerábamos, —todas esas novedades,—como una infusión de amapola aletargadora de nacientes descontentos y rebeldías.

Clamadores impenitentes contra toda ley, estudiamos y discutimos los códigos

para acogernos y ampararnos en ellos, cuando el patrono, el burgués ó cualesquiera otro pillete chicaneador, no nos quiere atender en peticiones que, á fuerza de ser legalitarias, se van haciendo clásicas. Demoledores del Estado, vamos del Estado mendigando un puesto, un sueldo ó una prebenda que nos asegure, ¡claro está!, el plato de lentejas del dudoso mañana, sombrío y triste siempre para el que pospone al estómago el cerebro y á su interés particular la convicción arraigada.

Abolicionistas de las patrias, buscamos en las ciudadanía adoptivas, un privilegio que nos precava,—por la ley,—de futuros sinsabores á la vez que nos permita una estancia tranquila y sossegada, aparentemente, puesto que si una ley nos hace ciudadanos, otra ley nos deshace... á patas. No citaremos por cierto como ejemplo el de una nación vecina de cuyo nombre no queremos acordarnos.

Vapuleadores de todo lo que implique falsedad, dolo, engaño, religión, rito, dogma, liturgia,—nos inclinamos reverentes á recibir la bendición nupcial, mejor del papa que del obispo,—preferido éste al simple cura, pues hasta en esto, en la supertoridad gerárquica jalonamos idolatrías, ¡nosotros!, que hablamos creído dar un fuerte puntapié á todo los pedestales donde se encaraman los hombres que miramos de rodillas.

Todas estas rarezas,—no encontramos el término justo,—que en buena lógica no son más que una consecuencia de nuestra inconsecuencia, no tienen fin en lo expuesto sino que se extiende en todas las facetas de la actividad propagandista, encasillando de tal manera clasificaciones que de seguir así las cosas, pronto habrá que empezar á escribir sobre la última página de los códigos burgueses, el primer capítulo de una moral anarquista que nos de por bueno todo lo malo que se hace.

Sutilizadores experimentados, sofistas hábiles, encuentran una equilibrante justificación en los medios entre el principio que se sustenta y el fin que se persigue. Y esto es desconcertador. Y malsano, para nosotros y para todos.

Si tal cosa es mala, lo será por la esencia misma de la cosa y no por la cosa en sí, que ésta no tiene más que un valor secundario y nulo la mayoría de las veces, ó con mayor propiedad, toda las veces.

Es, pues, el Estado, el gobierno, la Iglesia, la esencia misma de la cosa, lo que nosotros no combatimos, sino que negamos y por lo tanto ni podemos ni con ellos ni al lado de ellos, ni armonizar nuestra idea con una negación, aunque apliquemos á nuestros actos un determinismo que falla por su base.

NO
FOTOCOPIAR

NUESTRA OPINION

Hay gremialistas y otros que no son gremialistas que se llaman á sí mismos anarquistas. Nos permitimos dudar que lo sean.

Para ser merecedor de tan honorífica mención, se precisa *haber* de virtuosidad; capital acumulado de acciones meritorias; caudal grandioso de energías; amor intenso á la vida; deseos de libertad y acción en pos de su conquista. La obra anarquista es de franca oposición á todo convencionalismo; por eso somos intransigentes.

Ser tolerante con la mentira, es dudar de lo que se sostiene como verdad. Nosotros, jamás dudamos. Afirmamos ó negamos, convencidos de nuestra razón, verdad y justicia. La obra anarquista, es positiva. Solamente individualidades asociadas con un fin tendencioso, pueden sumar energías. La unión de unidades, centuplica la valorización esencial; el conjunto de ceros es solo cantidad negativa.

El anarquismo, no es cuestión de clases; no está determinada su acción al mejoramiento de la clase obrera exclusivamente, no preconiza triunfos de una clase sobre otra, ni arma su brazo el odio, ni es el hambre factor de sus luchas; algo más trascendental, más importante que todo eso determina su acción: es la conquista de la felicidad integral para el género humano.

El anarquismo, ya no es simplemente una aspiración ideal; es fuerza, en acción constante de superación. El individuo anarquista, es superior al ambiente que lo rodea; en vez de ser por la sociedad determinado, determina, apesar de tenerlo, las fuerzas sociales en contra, hasta la propia herencia ancestral que sobre sí gravita. Optimista va hacia el porvenir con una sonrisa de amor en los labios, marcando cada día un jalón más en la conquista de su felicidad, que es el triunfo de la anarquía.

El anarquista, pues, no puede confundirse con el gremialista, ni con el sindicalista. Para él, no hay clases, ni colectividades, sino hombres. No reconoce leyes, gobiernos, costumbres, derechos, deberes. Niega creencias religiosas, políticas y sociales. Afirmar su personalidad de hombre por encima de la sociedad, cuya organización y existencia dependerá de su conveniencia.

Esto es el anarquista, verdadero negador del régimen presente.

Cartas á un amigo

Me preguntas, que impresión me ha causado el Congreso Eucarístico, aquí últimamente efectuado. En verdad que me pones en gran apuro.

Pero, como no quiero privarte de un rato de alegría, voy á contarte lo que llamas mis impresiones.

Serios, con estudiada gravedad, entraron los congresales al recinto. Sus ademanes, me revelaron que se habían impuesto de la tarea respetable que les incumbía realizar, y nada me extralío que orondos, posaran sus asentaderas con suavidad en las bullidas butacas, frente á sus bufetes atestados de importantísimos y valiosos papeles.

Debo decirte, amigo mío, en honor á la costumbre que tengo de decir la verdad, que el tal congreso resultó un soberbio *canard*. Pero no adelantemos juicios. Los representantes de lo que yo llamo extrema izquierda, se situaron en el centro, los de la derecha en el lado contrario al que le correspondía. Pregunté á un entendido, la causa de ese cambio, y me dijo, que por odio á las nefastas prácticas burguesas.

El debate, surgió con la lectura de las credenciales de embajadores. No hubo oraciones propiamente dichas; pero casi hav puñetazos. Presidió la primera sesión, un orador que tiene fama de ser latero y te puedo garantir que presidiendo resultó un fiambre lamentable.

Los congresales no acataban su autoridad, hablaban todos al mismo tiempo, se insultaban, se reían, y terminó la primera sesión sin haber realizado otra cosa que la aprobación de la delegación de un centro obrero de Pando, representado por el distinguido Miramar, hijo adoptivo de esa agrupación, según manifestación propia. En esa primera sesión, vi que el espíritu de algunos congresales estaba turbado por la pesada atmósfera de un odio bajuno y ramplón; en esto, se destacó el congresal más gordo, que parecía reventar de satisfacción, cuando el centro rompió el fuego por la boca del más joven de los cardenales, contra una delegación zapateril. El amigo Barrajon, quedó allí, como *chupa de domine*, y no rojo de indignación, porque realmente no pareció por aquellos lugares esa mañana.

Lo que puedo garantirte, es que si el congreso es, es la representación del proletariado organizado de esta República, dudo de la eficacia de sus luchas contra el patronato.

No te vayas á forjar la ilusión de que miento. Es la pura verdad lo que te digo. Allí, no había otra cosa que cabezas enfermas, puños agresivos y lenguas viperinas. Me pareció estar entre gatos ¿me habré equivocado?

Algunos, que son gatos también, con las mañas del zorro por añadidura, oficiaron de periodistas. La crónica del congreso, será pues, un parto de los montes. El señor Corney, gran cultivador del macaneo y amante del espíritu divino, cumplirá su misión periodística honradamente. El dulce y manso Salóm, el de tétrica voz y elegante postura, supongo que habrá esteotipado las bellezas orales de algunos congresales que se distinguieron por su verborragia crepitante. La pose de este último periodista, llamó la atención del honorable público. No quiero que esta carta vaya á resultarte una infame lata. Abreviaré, pues.

Al que llaman por ahí y por aquí latero impenitente, que tiene esa virtud no común á muchos afortunadamente—ya sabes tú á quien me refiero—lo rechazaron del congreso. Este congresal está en la mala; pero se desquitara con ferocidad desde las columnas de su periódico. Y para no molestarte más, voy á sintetizar mis últimas impresiones:

Si el congreso es una macana ¿qué son los congresales?

Suárez, presidiendo, me resultó un *gallego con mando*. Por evitar muchas gréscas, gracias le sean dadas.

Los chistes que se han dicho no son

para contarlos de una sola vez. He hecho de ellos gran provisión que emplearé gradualmente.

Y aquí termino ésta, con un broche florido. El gesto trágico, el ademán patético, la voz aflautada que pretendía ser imponente, sobre el respaldo de una silla como un gallo caliente, pidió la expulsión de algunos de la barra que se habían colado dentro del terreno dedicado á los delegados. ¿Quién hizo esto? el simpático Miramar.

En total, que este congreso, amigo mío, no resultó otra cosa que un general bochinche.

Y antes que me olvide, citaré especialmente á un gato viejo, tirando á jesuita. Monseñor Plaza, que no place á ningún congresal por lo butifarra y zonzó, lo terco y poco feliz de su ironía apagada. Este tipo me hizo reir mucho, no te puedes figurar lo cómico que me resultó su cinismo.

Y por hoy nada más.

ACROBATISMO PURO

No creer lo que se dice y decir lo que no se cree, es un juego expuesto y peligroso que anula la labor propia y perjudica el concepto ageno.

Sostener hoy, por sport mental, lo que mañana se ha de combatir y combatir ahora lo que después se defenderá tesoneramente,—y esto por sutileza de espíritu,—es puro acrobatismo que podrá demostrar, cuando mucho, la agilidad y destreza del ejercicio, pero de ningún modo la seguridad y la eficacia de lo que se dice ó hace.

Ese *firteo bleu* de que hacen gala algunos escritores bien conceptuados, nos alarma y nos desconsuela porque traen á nuestras filas una confusión lamentable que desorienta á unos y á otros.

Violencias legales

La policía,—ese producto híbrido de perro y loba,—ansiosa siempre de esgrimir el machete contra el pueblo indefenso, contra ese pueblo cada día más tonto, que contribuye al sostenimiento de todos esos haraganes natos, que se refugian—para escurar fechorías punibles en nuestra sociedad,—en la institución policial, en la que cuanto más compadre y más malevo sea el individuo, mayor probabilidad tiene de adquirir superioridad gerárquica, esa policía, decimos, bajo las órdenes inmediatas de un tal Fontana, sableó, de plano y de filo, á una buena parte de pueblo que entusiasta, se retiraba tranquila y sosegada á sus respectivos domicilios.

Hubo heridos, hubo presos y hubo detenidos y de unos y de otros no fueron precisamente los asaltantes, es decir, los salteadores, que es el vocablo que corresponde.

Es claro que no hemos de hablar de garantías individuales en Montevideo, desde el momento que bien podrían los fantasmas del Mirador Rosado protestar con energía de tal aseveración; ni invocaremos articulado constitucional ninguno, porque ya sabemos que esto y aquello, van enfundados en la vaina de vigilantes analfabéticos y en el capricho confusor y ma-

tón de comisarios carentes de cultura, es cierto, pero pletóricos de compadrazgo, ni recurriremos á la frágil balanza de la justicia porque ya es notorio y público que no existen jueces en Berlín, aunque siempre anden en berlina.

No es cuestión de lamentarse tampoco, hasta que no sepamos traducir los lamentos en *equivalencias policiales*, es decir, en ataques directos sin parabolismos ni inclinaciones graduales que desvíen el punto de mira y alteran la dirección visual. En geometría, la recta es la línea más corta.

Después de todo esto no sería más que oponer una violencia á otra violencia de la misma manera que se opone el abrigo al frío y el alimento al hambre. ¿Y quién sería capaz de negar, en buena lógica, que esto es lo lógico?

Opongámonos, pues, contra las violencias legales, las violencias ilegales.

Que sirva de constancia

«...La policía del señor Batlle se diferencia de la policía del señor Cuestas, que mientras la de éste apaleaba á los obreros á las 12 del día, la de aquél lo hace á las 12 de la noche...»

(Lo que decíamos nosotros con motivo de los sucesos del Cerro, en Mayo ó Junio de 1905).

RESURJAMOS...

En constante pugna de valores personales, el elemento anarquista de esta capital, va perdiendo un terreno trabajosamente conquistado y desprestigiando la verdadera acción revolucionaria que no consiste solamente en el grito desatemplado y duro, ni el vocerío callejero, que ahoga, con el rebuque, media docena de brutos vigilantes sin que tengamos siquiera el coraje de rociarles la cabeza con una andanada de... *agua de rosas*, ni consiste tampoco en ese empeño pueril de dar á todo un sello decorativo, sino en la prédica continua, permanente, insistente, de nuestras ideas; en la crítica demoledora de todo un régimen sin exclusión alguna y sin ninguna que nos traben por H ó por B al todo ó una parte del régimen que, criticando, combatimos.

Se hace necesario, indispensable, imprescindible un resurgimiento de todos nosotros, sin predominios personales que se avaloran, como papeles de bolsa, por interés, por cálculo, por ignorancia ya que no, en ocasiones, por malignidad.

Amplio el campo de nuestras acciones, como amplio es el pensamiento, se pueden desarrollar sin entorpecerse todas las actividades, como se pueden mover, sin estorbarse, todos los individuos.

Mesías cada uno de nosotros mismos, no busquemos centralizar ni organizar el anarquismo, como se organiza ó centraliza un partido político ó un poder mandatario.

Entre el camino abierto, recto, y la vía tortuosa, la elección, no ofrece duda.

Resurjamos, entonces, y aporte cada uno los materiales que pueda, que quiera ó que sepa, que no por insignificantes que aparezcan á primera vista serán menos útiles.

EPPUR SI MUOVE...

Antonio Zamboni, escribe en uno de los anteriores números de *La Protesta* un artículo que sería sensato y reflexivo si en él no existiera una agresividad velada y un despecho manifiesto.

Se lamenta, en ese artículo, entre otras muchas cosas del *acuerdo* que existe ó pudiera existir entre los elementos que dentro de la propaganda anarquista, adoptan distintos métodos ó siguen las diferentes tendencias, bien definidas unas y por lo tanto indiscutibles y otras que no tienen porque ser y de ahí su discusión, pero siempre dignas de tenerse en cuenta.

Deplora la armonía entre algunos individualistas con partidarios de la lucha de clases; gremialistas con acérrimos enemigos de esa forma de lucha y comunistas anárquicos con sindicalistas indefinidos, para llegar á la conclusión despampanante, que hay que anular, eliminar ó inutilizar á todo el que no comulgue en el criterio cerrado de un estrecho obrerismo.

Es claro que en esa eliminación, y *sic de ceteris* también estaremos incluidos nosotros que, á pesar de ser obreros, no comprendemos ese afán de aglomerar masas obreras que se muevan ó giren, á compás, á la voz de mando ó al toque de orden, para no dejar en pos de sí una huella ó un recuerdo que sirva de enseñanza á gobernantes y burgueses, á explotadores y mandantes y en general á todos los ventripotentes, que es algo más que una mejora á un simple vocablo distintivo lo que ansian todos los que no se conforman, sino que se asocian ó agrupan por afinidad de creencias, de aspiraciones ó de métodos con otros obreros sean ó no del mismo gremio. Es decir, asociación ó agrupación libre.

Pero he aquí, que Zamboni se olvida de incluir, en sus casilleros anuladores, á los que un 1.º de Mayo, muy próximo, pasaban á la robusta y pletórica, —a pesar de todo,— F. O. R. U., del brácte con el socialismo de estado, pobre, raquítico y anémico, como todo lo que necesita para su nutrición de la mamadera estatal.

No negamos ni podemos negar á nadie el derecho de crítica, ya que nosotros venimos á criticar todo: dioses, ídolos, caudillos, jefecitos, santones, santitos, pontífices y papas, pero nos parece que, aquí, en Montevideo, los únicos que tienen derecho y hablar fuerte y claro son... los mudos, porque nosotros, ¡cristo!, si hablamos más que mujer histérica en período agudo.

¡Eppur si muove!

La fiesta de la obrera

El popular rencor, tronó rotundo contra los ofensores de la mujer obrera, santificada por el trabajo, rudo y penoso.

El ronco canto proletario, auguró el fracaso de la farsa; fué el *cuade retro* á la pretensión de individuos, afanosos por conducir carnes juveniles de obreras á los ámbros donde obtienen satisfacción todos los deseos voluptuosos de los sanchopancistas acorsetados.

Y hoy, otro canto se oye. Canto jubiloso de triunfo. Acéntos alegres de diáfana matinal, en plena aurora sonrosada; ruidosa carcajada colectiva, restallante co-

mo una fusta azotando «ubérrimas» carnes de hombres féminas.

En todas artes, la victoria del pueblo fué aplaudida; constatación de un general sentir y uniforme pensar adverso á esa fiesta de la obrera, que iniciativa fué de tráfugas, según unos; de mujerzuelas con pantalones, modos y costumbres femeniles, según otros.

Un triunfo popular que dejó huella; eso fué la jornada.

Los simuladores del talento, han forjado triunfos «ubérrimos» de esa fiesta, allí mismo donde la derrota se detalló á la luz meridiana, cubriéndose de ridículo el cultor del lenguaje «ubérrimo», señor de Salaverry, el de formas impecables y nada «ubérrimas» costumbres.

Es así como se imponen las ideas, colaborando en la ética social con nuestro aplauso ó condenación.

¿Censores? Sí. Censores nos levantamos, aquí y en todas partes, ahora y siempre. Y sólo con el imperio de la fuerza, bajo el manto tutelar de los machetes policíacos, ó el círculo de bayonetas cuarteletas, se podrán realizar de hoy en adelante actos reprobables por nosotros, adversos á nuestras ideas, contrarios á los intereses del pueblo. No se contará más con nuestro silencio; no seremos cómplices del enemigo por la complaciente tolerancia. Convencidos de la verdad que entraña la afirmación «quien calla otorga», no callaremos para no ser factores de complicidad, no tolerando el mal, no transigiendo con la mentira, marchando al combate, á la guerra contra la injusticia y la tiranía, la frente levantada y el corazón limpio.

LA GUERRA

Es un mal necesario en el régimen presente.

¿Hay víctimas? es verdad; pero ellas son precisas, al avenir. El poderío burgués, lanzándose á esas orgías de sangre, acometiendo empresas de exterminio, nos preparan el terreno para la fecunda siembra de nuestros ideales. Ellos, labran su propia ruina. No lamentemos, pues, la tragedia que actualmente se está desarrollando en la vieja Europa.

Para ser anarquista

Cuando se ama y se siente el ideal, no se hacen juegos malabares ni equilibrios de saltimbanquis. «Ser ó no ser», es el lema que todos debieran adoptar, si lógicos fueran con sus ideas. Tolerancias y dobleces, son siempre sospechosas en aquellos individuos que aparentan ser anarquistas, y cuyos actos privados están reñidos con los públicos. Hay muchísimos anarquistas de pacotilla, con mucha rufia, con una miseria moral áuestas, que ensucian el ideal con solo anunciar que son sus partidarios. ¡No todos, pueden ser anarquistas! Llamarse tales, nada cuesta, pero para serlo, es preciso mucha limpieza de alma, bastante inteligencia y no poca dosis de sacrificio. Condiciones estas, que no están al alcance de cualquiera.

Para ser anarquista, es preciso ser hombre, en el amplio y noble sentido que esa denominación significa.

Después del Congreso

Triste, dolorosa, pésima impresión nos ha causado las dos ó tres sesiones del congreso obrero, á que concurrimos con espectadores, es verdad, pero como hombres, antes que obreros, interesados en lo que se relaciona con todo lo que tenga atinencia con el anarquismo, pues sería engañarnos á nosotros mismos querer dar otro sentido ó valor á lo que surja ó auspicio la F. O. R. U.

Colocados, por nuestra independencia de carácter y de acción, en el fiel de la balanza,—ya está dicho,—no hay fuerza capaz de hacernos inclinar un décimo de gramo á una ú otra parte, que no sea una verdadera justicia ó una perfecta ecuanimidad, que está y reside en nosotros propio.

Esperábamos que, pasados los primeros momentos de ofuscación y de error,—por que hay que confesar que hubo error y creemos que nos hará gracia de entrar en detalles de argumentación,—unos y otros convergieran al punto de partida, poniendo por encima de todo lo que fuese personal y secundario, el amor á una causa que se dice profesar y la convicción real de ideas que se afirman y se sostienen por la propia superioridad del que las sustenta, á medida que se aleja, por desarrollo mental, de una educación falsa, prejuiciosa, atrabiliaria, que puede tener disculpa en muchos, pero que de ninguna manera se puede excusar en que se llama anarquista.

Y nos hemos equivocado.

El congreso obrero, para los que creen en la eficacia de esas asambleas ultra-legislativas,—lejos de amainar enconos, de suprimir rivalidades que en realidad no comprendemos, vino á colocar infranqueable barrera entre los orientadores de la organización gremial y hacer una cuestión de predominio personal. Tanto unos como otros, no han hecho otra cosa que poner de manifiesto el cúmulo de prejuicios que cada uno lleva en sí y la carga atávica que los doblega, sin que lecturas ni conocimientos adquiridos, les enseñe el modo y forma de ir arrojando, esa carga, á gramos ya que no por toneladas.

De los componentes del congreso no hablaremos una palabra, pues ello importaría hacer crónica y está lejos de nuestro ánimo tal cosa, pero no cerraremos estas líneas sin dejar expuesto que los delegados en su absoluta mayoría, no estaban capacitados para el desempeño del cargo que tan á lo serio tomaron.

Y eso que los temas, á fuerza de ser maseados desde hace años, son inocuos.

Una carta interesante

Buenos Aires, 3 de Noviembre de 1912.
Amados hermanos de ANARKOS: Salud y R. S.

Lleno de optimismo; pero con los pies llagados de tanto caminar por las pampas argentinas, arribé días ha á esta ciudad de perniciosa llamada Buenos Aires, á gozar de las libertades que los modernos anarquistas han exigido y logrado del gobernante que sucedió al que desgobernó las patillas de muchos sinceros que por el día se morandean.

Pues sí. Me acogí á la benevolencia policial, y hora es, que tranquilo vivó al amparo de una tolerancia gentil. Como pudiera suscitar recelos, voy á deciros que visité á *investigaciones* dos días después de mi llegada. Hablé con el simpático Foppiano, con el caballeresco Ubade y también cambié un saludo con el célebre Zunda, el de los 20.000 pesos. Vosotros diréis quizá ¿qué fui á hacer allí? y como es mi deber contestar, contesto: Fui á pedir un certificado de identidad; pues aquí es imposible trabajar de propagandista si la policía no testimonia vuestro reconocimiento.

Con que ya sabéis. En teoría soy extremista, el más jacobino de los revolucionarios; pero en la práctica soy como la mayoría: el más consecuente de los transigentes. Adaptarse es vivir. El triunfo, en la lucha por la vida, es de los más aptos para la adaptación. En mis correspondencias, pues, hablaré como teórico de la revolución, criticando y combatiendo á los que se adaptan.

Y á todos aquellos que digan que me contradigo, manifiesto desde ya que yo, no soy lo que parezco ser. Con esto termino.

Saludos á los viejos del memorable grupo «Malhechores honrados» que tanto hizo por la causa en aquellos tiempos que ay! ya no volverán más.

Con un abrazo de vuestro amigo se despide.

DARIO DEL RÍO.

EL LOCO Y YO

Juan, ha llegado á la altura de la experiencia, de la sabiduría, del poder: es un hombre.

Esfuerzos titánicos, homéricas luchas fueron necesarias para conquistar la montaña. Ya en la cumbre, su mirada se hizo más viva; su gesto, más altivo. Su voz, dejó de tener aquel temblor peculiar á los hombres que dudan.

—Que me importan los que carecen de aptitudes, de energías para imponerse, para triunfar. Que he de esperar á los retrasados, á los involutivos, á los degenerados y envilecidos por la esclavitud. Que me importan sus dolores, sus padecimientos y miserias. Que me determina á ser compasivo de impotencias y amparador de debilidades.

Yo he subido hasta aquí, me he distanciado de mi época, supe ascender, he tenido fuerza para llegar: soy un triunfador indiscutible.

—Desde la altura, Juan, se burla de códigos de leyes, de religiones, de deberes, y se siente con todos los derechos, porque su poder es grande.

No tiene religión, no tiene patria, rechaza toda dominación, desconoce todo valor moral que imponga deberes á cambio de derechos.

Juan es, pues, un ser raro, un anormal. No combate la autoridad, la desconoce. No combate á la ley, la niega. No destruye la moral, nunca la reconoció valorada. ¿Qué son sus afirmaciones negativas, frente á la realidad de los hechos? Porque la moral existe—digo yo—el gobierno, no es una ilusión de mis sentidos, las leyes, imperan bajo la salvaguardia de cañones y fusiles,

la sociedad funciona más ó menos normalmente.

Entonces, pregunté á Juan, el secreto de su filosofía, y él se explicó desde su altura, sin dignarse tenderme la mano, sin inclinarse un poco hacia mí.

—Soy un nihilista. El concepto anarquista, no me satisface. Muchos llámanse individualistas y son multitud. Afirmer lo que se ignora, es una imbecilidad. Por eso mi doctrina nada afirma; está hecha á base de negaciones.

El Estado, es una negación; las leyes que rigen la vida de la sociedad humana y forman la base de todo gobierno, son otra negación. Los valores sociales, determinados por la moral, son negativos. La rebeldía, es negación de autoridad y afirmación de vida, es mi única afirmación, frente al jardín desolado de negaciones que envuelven al hombre.

En mi montaña, soy Rey de mí mismo. Mi montaña está formada de experiencia, de doctrina, de ciencia.

Esto dije, y calló. Juan en su locura, era más feliz que yo. Y dudé, dudé si el cuerdo era él y el loco era yo, que compasivo, me prestó á dar la mano á todos los caídos y ayudo á caminar á todos los rezagados.

"La Voz de la mujer"

En breve, las obreras, esas mujercitas que trabajan rudamente para ganar el pan de cada día con el sudor de su frente, tendrán en el periodismo un vocero de aliento y de combate al par que de capacitación intelectual.

La Voz de la Mujer, se publicará próximamente, conteniendo artículos de propaganda emancipadora y preconizando la organización por fábricas y talleres, hasta constituir la Federación de Obreras del Uruguay.

Esta publicación se repartirá gratis. Todos los que quieran aportar su concurso á esta obra, pueden dirigirse á la compañera Teresa Cocito, Nueva Palmira número 60.

NOTA

Triunfo de las clases conservadoras en la Argentina.

El revolucionarismo en derrota.

Los nuevos MACABEOS del Anarquismo.

Estos son los títulos de tres artículos á publicarse en los números 2, 3 y 4 de ANARKOS.

Convencidos nosotros, de que no es anarquismo enfangarse en componendas con los mandones, y como en la Argentina especialmente, no han tenido empacho en hacerlo algunos que se titulan anarquistas, abrimos complacidos nuestras columnas á las atinadas y justas apreciaciones del compañero Dario del Río, nuestro corresponsal en la vecina orilla, el que promete á los lectores de ANARKOS una constante colaboración.

ANARKOS

Precio de venta

Paquete de 10 ejemplares 0.20